

SOCIEDAD

Por PABLO ALVAREZ DE CAÑAS

LAS GRANDES BODAS



Sarah María García Tuñón.
Joaquín Rionda y Vergara.

En la Merced.

El arcaico y aristocrático templo de los RR. PP. Paúles, de patricia historia, en la vieja Habana.

A las doce y media, según rezaba en las invitaciones —en pleno mediodía—, cuando es más brillante el sol, se celebró esta ceremonia nupcial, que unía, en los indisolubles lazos del matrimonio católico, a una gentilísima pareja —que parecen nacidos uno para otro— formada por la señorita Sarah María García Tuñón y Larrea, flor de soberana belleza, en quien se cumple la tradición gloriosa de hermosura de las Larrea, de las que se dijera en frase magistral: «Larrea, ninguna fea».

Une la señorita García Tuñón y Larrea a esta cualidad los tesoros de su dulzura y amabilidad y los refinamientos determinantes de la cuidadosa y refinada educación que caracteriza a las señoritas de gran casa. Hija primogénita de un matrimonio de la más alta distinción, el doctor Segundo García Tuñón, abogado prestigioso y caballero estimadísimo en los mejores círculos, y de Sarita Larrea y Pina, belleza de aristocrática finura, exquisita elegancia y señoril «savoir faire».

Y Joaquín Rionda y Vergara, joven apuesto y de relevantes prendas, las que le han conquistado un destacado puesto entre la brillante juventud de nuestra «élite». Hijo del señor Manuel Silvestre Rionda, excelente caballero y hacendado de alto crédito en el mundo de las finanzas, y de la gentil señora María Vergara, dama toda bondad, gentileza y distinción.

Trazada queda a grandes rasgos la personalidad de estos novios, que en la hora meridiana de ayer domingo fueron unidos en matrimonio con el solemne ritual de la Santa Iglesia Católica, en el hermoso y magnífico templo de la Merced, que parecía revivir sus esplendores de antaño, en esta boda de ayer, en la que por la alta posición, rango y elegancia de estos novios, no podía tener marco y fondo más apropiados que las triples naves y el soberbio altar de la iglesia de Nuestra Señora de la Merced.

Para lograr aquel cuadro de fastuosa elegancia, los sabios floristas de la «Casa Trias», expertos maestros del arte de la decoración floral, realizaron con habilidad e insuperable buen gusto, la máxima belleza suntuaria del templo de los Paúles, destacando aquí y allá su siempre celebrada arquitectura y el colorido de sus magníficos frescos y pinturas murales.

El soberbio altar de altas y macizas columnas parecía destacarse del verde brillante del follaje de arecas, las arecas de sin igual lozanía, que crecen airosas en los invernaderos de la «Casa Trias» que le servían de fondo.

¡Ni una flor en el altar!

Sólo la pompa de la afiligranada plata de ramos y floripondios, entre los bruñidos candelabros del mismo metal, que portaban multitud de cirios, preciadas reliquias del tesoro del viejo templo mercenario.

A ambos lados del ara se destacaban dos monumentales «bonches» de lindos y decorativos gladiolos de nítida blancura.

Nada más sobrio ni de más sencilla belleza.

Las barandas del presbiterio se adornaban con cuatro soberbios haces de abos gladiolos.

Desde allí arrancaba la senda, que terminaba en las puertas del templo.

Sendas maravillosas, de poesía y de armónico colorido, en que se combinaban en feliz contraste el blanco de los gladiolos, que brotaban de los pequeños parterres, a manera de canteros, y el verde del follaje, que formaban los muros de «prive» que la bordeaban, alcanzando la altura de los bancos.

De trecho en trecho de la senda, que tapizaba la regia alfombra gris plata de Trias, se alzaban grupos de gladiolos en artísticas jardineras.

Mágico efecto de conjunto el logrado por la «Casa Trias», que se anotó un nuevo triunfo a su largo historial de aciertos y éxitos rotundos.

No repuestos aún de la emoción estética que en nosotros despertara el primer golpe de vista de ese cuadro de magnificencias logrado por floristas y decoradores en el sagrado recinto, otro poderoso motivo reclama nuestra atención.

¡Llega el cortejo nupcial!

Momentos de ansiedad y expectación en que todos los murmullos «in crescendo», parecen llegar a su «climax».

Arrancan del coro los primeros acordes del órgano, al que siguen la cuerda y los bronces, que van desarrollando el tema de las gloriosas melodías de la marcha nupcial, que dirige el maestro Sauri,

y a cuyas cadencias rima su paso el príncipesco cortejo.

Cortejo integrado por una minúscula pareja, —un poema de gracia—, que forman los lindos primos Hilda Sánchez Sarrá y Luis Mejer y Sarrá.

Viste la monísima infantina traje «tafetás» azul «myosotis», creación de Bernabeu, con capelina de crin azul del mismo tono, en una copia de la época y el estilo al que luce la novia y su dama.

Cubren los torneados bracios de la «petite fille» guantes de piel de tono «appel blossom», que sostienen un pequeño ramo de frescas «sweet heart roses», tejidas por «Milagros».

Y el gentil caballero luce con marcial apostura el uniforme de «Eaton Sust».

Seguidamente la «maid of honor».

Es ella, la hermana menor de la novia, esa adorable y encantadora «demoiselle» Livia García Tuñón y Larrea, que es la materialización de un ensueño.

Blonda y frágil como una flor va vestida por el gran Bernabeu, que sorprende siempre por los inagotables caudales de su fantasía, en tafetán francés de clásico «frou-frou», —azul myosotis—, del mismo azul de los bellos ojos de la dama.

En el estilo «Victoria» y guarnecido en los hombros con legítimo encaje.

Un gran sombrero de crin y anchas alas e inimitable gracia, con flotante lazada de satén, en el mismo tono azul myosotis, hacía notar la suprema elegancia de Mlle. Eva Hidalgo.

Largos guantes de tono «apple blossom» completan ese acierto de colorido, con el «bouquet» de rosas «Catalina Lasa», cortadas en los predios de «Milagros» y agrupadas con el arte imponderable que es su sello y su característica.

Tras ella, la novia, que lleva prendido al ruedo de su inmensa cola la admiración y los elogios de la concurrencia.

Del brazo de su señor padre, el doctor Segundo García Tuñón, irremprochable en su «chaqué», va Sarah María, más majestuosa y más grácil que nunca, en su gran «toilette» nupcial. Creación del con-

sagrado artista de elegancias y mago de las novias, Ismael Bernabeu.

Inspiróse el maestro en la era victoriana, en la que parece encajar a maravilla la «souplesse» alada y la aristocrática belleza de la señorita García Tuñón.

Su fino porte revivía el amable espíritu de la época, en la magnífica «robe» que para ella, con «amore» de artista creó Bernabeu, en pesado raso blanco marfil.

El rico paño de Lyon, —que fue en todas las épocas el clásico material para las novias—, se modelaba a la linda figura, bordeando la línea del escote, afirmando el estilo; y dejando al descubierto los hombros, que se velan con un fino encaje de rica labor de auténtico «pint a l'aiguille», siguiendo en suaves pliegues que se abren en la voluminosa falda, para formar la regia y reluciente cola.

Nada más suntuoso ni más sencillo.

Una «couronne» que afecta en su forma las cerradas coronas de la corte Saint James, que tejó con sus dedos de ensueño la incomparable Eva con flores y «petits boutons» de azahares «nacrés», sostiene el manto de soberbio punto de Inglaterra, valiosa reliquia de familia con la que se han desposado las damas de esa estirpe de belleza de las Larrea. Manto real al que agregan una nota de vaporosa gracia las caídas de tul de ilusión que con él van a besar la orla de la cola.

Un broche de fina y delicada factura y unos pendientes de claros brillantes, que semejan una luminosa cascada son las únicas joyas que luce la novia.

Altos guantes de «peu d'agneau» cubren los brazos que sostienen el frágil y perfumado «bouquet», en el que puso la «charmante» Lucky, de «Milagros», el siempre favorecido jardín del Paseo del Prado, su buen gusto y su inspiración.

Entre el fino follaje lucían su aristocrática prestancia las orquídeas blancas como mariposas detenidas en su vuelo entre las perfumadas «bouvairias».

Lindo «bouquet» que daba la nota final a ese atavío que era un prodigio de elegancia y riqueza.

Con el ministro oficiante, el Rvdo. Padre López, ilustre supe-

rior de los Paúles, esperan ya en el ara el novio, Joaquín Rionda y Vergara, que viste con británica elegancia; y su señora madre, la interesante dama María Vergara de Rionda, en gran «toilette» negroazul, «brodé» en cuentas contrastantes.

Tras la lectura de la Epístola de San Pablo firman el pliego los testigos, personalidades todas de nuestro gran mundo.

Por ella: el doctor Ernesto Sarrá, Antero Prieto, Juan Gelats, Luis del Valle, Manuel S. Rionda, Guillermo García Tuñón, Pepe Gómez Mena y Antonio Larrea; y por él: Aurelio Portuondo, Manuel S. Rionda, Dr. Manuel Alonso Patiño, Higinio Fanjul, el ingeniero Eugenio Rayneri y Pepe Rionda.

A la boda siguió la misa de velaciones, que apadrinan la abuela de la novia, la alta dama doña Lola Pina viuda de Larrea, de negro, elegantísima, y un pequeño sombrero adornado con un «pouff» de lirios del valle; y el padre del novio, señor Silvestre Rionda.

Saturados a plenitud de la emoción y de lo bello, damos comienzo a la tarea siempre ardua, de anotar nombres y más nombres y de fijar detalles de la soberana hermosura y la depurada elegancia de las damas y damitas que llenan, hasta colmar, las triples naves del templo de la Merced.

A todos sorprende la hermosa realidad que confrontamos, en cuanto a esplendor y lucimiento en esa boda en pleno día, en la que no se echan de menos ni reflectores ni efectos de luz artificial. La luz solar añade—, si cabe—, nuevos toques y nuevos brillos al claroscuro del recinto. A esto se suma el aliciente de la presencia de viejas y austeras figuras de nuestra buena sociedad, que por tradición piadosa o por costumbres arraigadas no salen ya de noche y que ahora, en estas ceremonias de día, serán sin duda alguna, exponentes de señoriles distinciones.

¿No es esto un nuevo incentivo?

La concurrencia.

Una página del gran mundo.

En primer término, el grupo familiar de la novia; que presidia, con su fina belleza y su suprema elegancia, su señora madre, Sarah Larrea de García Tuñón, con traje negro que rubrica Bernabeu y artístico «capeau» de tonos claros.

Lojó Larrea de Sarrá, la dama de liliál belleza, también de negro, rematando su figura pequeña «toque» que adorna una sola rosa. María Larrea de Suero, expresión suprema de señoril distinción, con airoso sombrero de anchas alas.

Beba Larrea de Alonso Patiño, Ofelia Larrea de Colmenares y Raquel Larrea de Pla, en gloriosa trilogía.

Y completando el grupo de las tías de la novia, Gloria Mendoza, la encantadora señora de Larrea, que iba de blanco, elegantísima.

Del grupo familiar del novio citaremos a la gentilísima Margarita Rayneri de Rionda y María Rionda, la lindísima «demoiselle».

También del grupo familiar de la novia, Tina Sarrá de Sánchez, la espiritual señora, «habillée» de Bernabeu, en rosalba blanco, que se completa con una airosa capotita de plumas blancas, muy «chic», de Eva; Hilda Sarrá de Mejer y Ofelia Sarrá de Mejer, bellísima.

Seguimos la relación con tres gentiles damas: Angélica Gálvez de Lascano, esposa del ministro de la Argentina; Dulcita Pereira de Mac Eachen, esposa del ministro del Uruguay; y Blanca Alvarez Calderón de Bunge Garrico, esposa del nuevo secretario de la legación de la Argentina.

La condesa de Revilla de Camarico, como siempre, «tres chic».

La marquesa de Pinar del Río, la aristocrática dama.

La marquesa de Villalta.

La marquesa de Valle Siciliana.

La marquesa de Tiedra. La marquesa de Alta Gracia.

La condesa de Buena Vista y la condesa de Jaruco, exponentes de la soberana belleza de las Golcochea.

La condesa del Río.

Y la marquesita de Casa Nuñez de Villa-Vicencio.

Un grupo de distinguidas damas:

Virginia Olavarría de Lobo, Marie Duffau de Le Mat, Carmen Corujo de Hernández Cartaya, María Martín viuda de Pla, Renée Molina de García Kohly, Fortuna Patiño de Alonso, Mercedes Montalvo viuda de Martínez, Emelina Aguirre de Mejer, Angela Arcoer viuda de Dumás, Patrocina García viuda de Calderón, María Estrada de Fanjul.

Lily Hidalgo de Conill, la alta dama, cuya presencia es saludada con muestras de simpática deferencia.

Serafina Diago de Gómez, esposa del ex presidente de la República, doctor Miguel Mariano Gómez, que realiza su exquisita belleza con sencillo traje negro.

Guilmerina García Montes de Gómez Waddington, que hace de la elegancia un culto; y Carmelina Guzmán de Alfonso, radiante de belleza; en negro la primera y gris perla la segunda.

Sarah Johnson de Aguilera, Rita María Gómez Colón de Colli, Loló Solís viuda de Steinhart, Leopoldina Solís de Hernández, Josefina del Regil de Portuondo, Inés Romero de Arcos, Celia Comas de Hidalgo Gato, María Almargo de Abreu, Moraima del Pico de Portela.

Telé Bances de Martí, airosa y elegante.

Ofelia Mazorra de García Tuñón, Hortensia Scull de Morales, en «imprimée blanc et noir»; María Teresa de Varona, una sinfonía en negro y rosa; Esperanza Solís de Aguilera, Nena Ariosa de Cárdenas. Isabelita Falla viuda de Suero, Laia Falla de Gutiérrez y María Teresa Falla de Batista, dando la nota de soberana elegancia y exquisita distinción.

Bibita Rodríguez de Pino, muy interesante, de negro.

Helena Lobo de Montoro, Julita Pla, Rosita Soto de Casanova, Nena Rodríguez de Santeiro, Hermes Díaz de Mesa, Josefina Buergo de Maruri, Hortensia García de López, Pilarcita Ponce de León viuda de Valiente, Carmen Freyre de Lamadrid, Carmen Gómez de Pessant.

María Antonia Alonso de Aspuru.

Nena Velasco de González Gordon.

María Luisa Menocal de Argüelles.

Alicia Nadal de Menocal, gentilísima.

Zoila Noroña de Reyes, Isabel Mercedes Soto de Everts, Consuelo Gancedo viuda de Díaz, Celia María Recio de Hernández, Graciella Calderón de Carrera, Nena Valle de Palicio, María Alzugaray de Farfías, Luisa Angulo de Delgado, María Mendoza de del Valle, Amparo Suero de del Valle.

Rosa Perdomo de del Valle, bellísima, en azul sevres.

Angela Elvira Machado de Obregón, en «chifón» y encaje negro y «toque» de rosas de Lily Daché, de la colección de Eva.

Fina Mendoza de Cárdenas, Estela Alonso de Nodarse, Henriette Le Mat de Labarrere, Carmelina Laurrieta de Fondón, Zorka de Torres Gner; y María de Torre Gener, elegantísima, en «beige» con tocado de «velour noir».

Bebita Lasa de Blanco, Conchita Menocal de Mendoza, Adolfinia Gelats de Rionda, Cristina Gelats de García Tuñón, Olga González Hierro de Casteleiro, Carmen Martínez Pedro de Gamba, Margarita Mendoza de Miyares, Bebita Alonso de Belt.

María León de Martínez Cañas, serena belleza.

Tomasita Chabau de Sosa, Conchita de Cárdenas de Weber, Carmen Aróstegui de Longa, Guillermina Enriquez de Pina, Estela Martínez de Fumagalli, Carmen Soliño de Fabre, Margot Valdés Infante de Padilla, Julia Heymann de Menéndez, María Dolores Machin viuda de Uppmann.

Josefina Muñiz de Cofumba, Corita Estrada viuda de Arche, Angeles Saavedra de Aramburu, Mercedes Saavedra de Gómez.

Lilliam Gómez Mena de Fanjul, lindísima, de negro.

Rosita Sardía de Mazorra, elegantísima, con su exquisito «savoir faire».

Isabel del Barrio de Llansó, Nina Cowley de Rodríguez Morini, Dulce María Chacón de Salas, Cuqui de la Aguilera de Benítez, Bebita Sánchez de Martínez Font, Carmen López Castro de Ramos, Graciella González del Valle de Hernández Corujo.

Elizarda Sampedro de Gómez Mena y Flora María Lamar de Sánchez, muy elegantes las dos, de blanco.

Celí Sarrá de Averhoff, Nena Pérez Piquero de Castañeda.

Rosita Cadaval de Rayneri, la dama de eterna simpatía, muy elegante en «imprimée» verde y blanco; y su hija Rosita, la señora de Armas, que se ataviaba en gris perla.

Gloria Simoni, Antonieta Golcochea de Du Quesne, Julia Sedano, Sylvia de Kaffemburgh, muy interesante. María Intriago de Madrazo.

Julie Abreu de Gastón, Betty Paz de Posada, Carina de Posada de Benavides, jóvenes y bellas las tres.

Zoila Fernández de Velasco, la siempre «charmante» señora de Carrera.

Y Minita Argüelles viuda de Hill, cerrando bellamente esta relación.

Entre las señoritas:

Enita Rayneri, lindísima.

Martha de Arcos, Graciella Portuondo, Celita Hidalgo Gato, Silvia Estrada, Conchita Nodarse, Madeleine Labarrere, Bertha Ferrer, Sylvia Lawton, Amalia y Mari Terri del Valle, Ninina de los Reyes, Alicia Valiente, Lydia Menocal, Pilar Lamadrid, Josefina Delgado, Ofelia Hernández Corujo y Margarita Gómez Diago, muy lindas todas.

Mercedes del Valle y Mendoza, muy linda, enmarca su aristocrática raso con frágil capelina de crin «rosée», que advierte en su sencilla elegancia las manos de Eva.

Elena Johnson y Caroliná Gutiérrez Falla, personificando la «jeunesse» aristocrática.

Macusa Larrea, Pifi Tarafa, Martha Sosa, Carmen del Valle, Cecilia y Teresita Boada, Peggy Pessant, Hermilita Pereira, Cristina Macía, Graciella Carrera, Virginia Palicio, Elena Couce, Livia Averhoff, Mara Teresa Pino, Ofelia Morales y Abreu, Carmelita Fabre, Matilde Menéndez, Pilar y Josefina Lombillo.

Lourdes Aspuru, María Teresa Batista y Rita Somoano, tres monisimas «jeunes filles».

Nenita Grau, preciosa, bajo las amplias alas de un «chapeau noir».

Mercy, Isabelita y Sylvia Llansó, muy bonitas.

Josefina Madrazo, Silvia Rodríguez Morini, Conchita y Josefina Recio, Lilliam Roqué, Mercy Duany, Olga Adán, Herminia Font.

Gloria Aguilera, Amelia García Tuñón.

Gloria Capablanca, bellísima.

Mercedes de la Cámara y Olga García Kohly, preciosas las dos.

María Cristina y Josefina Gelats, las monisimas «jeunes filles» que empiezan a dar sus primeros pasos en sociedad.

Josefina y rosario Herrera, las lindas hermanitas que me fueron presentadas por su padre, el conde de Fernandina.

Ofelia Colmenares, encantadora. América Soto, Teresita Maruri, Baby López, Beatriz Varela Zequeira, Olga Duany, Teté Vergara, Lourdes Aguilera.

Y las «petites demoiselles» Marí y Fifi Obregón, que asistían por vez primera a una boda; muy encantadoras con graciosas capelinas de la organza blanca de la inimitable Eva.

Después de la ceremonia, el grupo de familiares y de los íntimos pasó a la residencia que en el exclusivo «faubourg» del Vedado poseen los padres de la novia, los señores de García Tuñón.

En uno de los magníficos de-

partamentos de la casa, donde también dejaron huellas de su buen gusto los floristas de la «Casa Trias», que tuvieron a su cargo la decoración floral, tuvo lugar la boda civil.

Dió fe como notario el Dr. Narciso Cobo.

Y suscribieron el pliego, en calidad de testigos, por ella: los señores Leopoldo Suero, Angel Colmenares, Pancho Pla, Armando Larrea, Manolo Aspuru, el general José Martí, Alberto García Tuñón y Carlos Rionda; y por él: Percy Steinhart, Alonso Portuondo, John Dotty, Enrique Eversun, Rafael Cuéllar y el doctor Víctor Padilla.

Más tarde, en los hermosos jardines que circundan la casa, fue servido un delicioso almuerzo, para festejar el grato acontecimiento.

Aquí y allá se advertían diversas «petites tables» cubiertas por sombrillas, de un efecto encantador.

Réstanos únicamente, reiterar, por este medio, nuestra felicitación más afectuosa a los simpáticos recién casados.

Votos éstos que les hicimos presentes personalmente.

En uno de los magníficos de-